

LIBROS

David Toscana
EL EJÉRCITO CIEGO

Luis García Montero
ANTOLOGÍA PERSONAL

Alberto Chimal
LAS MÁQUINAS ENFERMAS
LAS ESTANCIAS SECRETAS

Juan Villoro
LOS HÉROES
NUMERADOS

Claudina Domingo
RECONQUISTA
DEL REINO DE KAAAN

Indranil Chakravarty

THE TREE WITHIN. THE MEXICAN NOBEL
LAUREATE OCTAVIO PAZ'S YEARS IN INDIA

NOVELA

Ver a los ciegos

por Ana García Bergua



David Toscana
EL EJÉRCITO CIEGO
Ciudad de México, Alfaguara,
2026, 240 pp.

Al parecer, solo los historiadores conocían este episodio, aunque en la literatura mexicana Verónica Murguía ya lo había mencionado en su hermoso y terrible cuento “El ángel de Nicolás”: cegar a los ejércitos enemigos como una forma de humillación fue una práctica común en la antigüedad. Pero es verdad que aquel ejército búlgaro de quince mil ciegos pasó por la historia de la humanidad y de la literatura sin que nadie se detuviera a verlos con atención, ni a preguntarse quiénes fueron y cómo hicieron para regresar a sus pueblos, qué les pudo haber pasado. Quince mil, dicen, que pudieron haber sido ocho mil, pero son muchos de todas maneras, o catorce mil ochocientos más treinta y cuatro, como cuenta el personaje del Numerista en esta novela de David Toscana. La verdad es que, al escuchar

hablar de una novela sobre ciegos, yo pensé en Saramago, por supuesto, y en Onetti, o en el ciego terrible de *Los olvidados* de Luis Buñuel, pero los ciegos reinterpretados por Toscana son otra cosa, el autor los ha conducido a otro lugar literario que no habían visitado hasta ahora.

Para quien no lo sabe, estamos en el año 1014, en la batalla de Klyuch, Clidium o Clidio, culminación del conflicto entre el primer imperio búlgaro y el imperio bizantino. El 29 de julio de aquel año, los búlgaros, derrotados por el ejército del emperador Basilio II, son hechos prisioneros y devueltos a su tierra, pero, como gesto de humillación, el emperador ordena sacarles los ojos. ¿Cómo se le puede sacar los ojos a quince mil soldados? Se cuenta que el zar Samuel, su emperador, al verlos sufrió un ataque al corazón y murió de la pena. La novela de David Toscana narra el regreso de estos hombres desojados a sus lugares de origen, esta historia de ojos perdidos, con ánimo humorístico y algo despiadado, ojos como canicas con los que juegan los ciegos, ojos azules que se perderán como joyas preciosas, ojos que se lavan y descarnan como extraños peces, mujeres que desean ser vistas

por pares de ojos sin hombre, ciegos que ven con el solo empeño de ver sin ojos. Y con ellos sus dueños, una galería de seres conmovedores con nombres musicales: Prémeld, el carpintero que perdió a su hija de verdad y a su hija de madera; el panadero Nikifor, cuya hermana, dice, no pudo disfrutar a su marido porque fue enviado a la guerra el mismo día del matrimonio; Aleksí, al que llevan con engaños a empujar la piedra del molino; Timotei el titiritero; Bromo el cerdo; Apóstol el espantapájaros que vuela como un cuervo; Kozaro el escriba; el mencionado Numerista, entre otros. Algunos horribles como Panteleimón, obsesionado por “consolar” a las viudas. Aunque no hay nada propiamente mágico en esta novela, el deseo y el ingenio humano operan como una especie de magia curativa, tanto en los personajes como en el lector.

“Cuando se cortan cabezas, los verdugos no andan correteando a sus víctimas.” Alrededor de los ciegos se reúne una especie de economía de la ceguera, comenzando por Maese Zósimo, el sacaojos, el médico Dimitar que no pudo salvar a Samuel y trata de injertar ojos de cerdo en las cuencas vacías, el judío Moskono que fabrica

ojos de cerámica, los cuales sirven a otro ciego para hacer trucos de malabares. Los ciegos buscan sus casas, beben, juegan a lanzarse ojos gritando “¡bo!”, bailan haciendo percusiones con los huesos de los soldados muertos, se lanzan al mar en un gozo infinito, tienen que fingir que no están ciegos para que no los maten, buscan, finalmente, recuperar el sentido de una vida que les ha sido arrebatada peor que si se las hubieran quitado por completo y en eso la novela adquiere un tinte filosófico. Al sentimiento de atrocidad lo sustituye una ligereza de novela un poco picaresca, a la Diderot, sin que se le quite por ello la humana profundidad. A veces los ciegos son un nosotros que narra como novela coral, a veces los vemos desde una voz presente e impasible como en una rara película; cada breve escena, numerada con los caracteres del alfabeto glagolítico, nos depara una nueva posibilidad fascinante de aquella historia. La ceguera y la locura se acercan en esta especie de ópera —más que fábula, pienso yo, pues así se le ha definido— juguetona y trágica a la vez, virtuosa y conmovedora, como tantas otras novelas del gran David Toscana. ~

ANA GARCÍA BERGUA es narradora y ensayista. Su libro más reciente es *La escalera eléctrica* (UANL, 2023).

POESÍA

Salvar la poesía, salvar el mundo

por **David Medina Portillo**



Luis García Montero
ANTOLOGÍA PERSONAL
Ciudad de México, FCE, 2025,
208 pp.

Si uno se limitara a leer el prólogo de esta *Antología personal* para saber quién es Luis García Montero (Granada,

1958), creería que es un poeta mexicano, estudiante de excelsos hispanoamericanos y, en consecuencia, de los grandes mexicanos: José Emilio Pacheco, Bonifaz Nuño, Jaime Sabines. Él lo reconoce y el prologuista, Marco Antonio Campos, así lo confirma: nadie en la península “ha mantenido un diálogo más sostenido” con la poesía latinoamericana y mexicana que García Montero.

En los años ochenta y noventa García Montero practicaba una variante *soft* de la poesía civil. Algo que, en un volumen de ensayos editados en coautoría con Antonio Muñoz Molina, el poeta cabeceaba sin recato: “Observaciones en defensa de una poesía para los seres normales” —subtítulo de su ensayo “¿Por qué no sirve para nada la poesía?” (1993)—. En esa época de tecnocracias enloquecidas, los poetas de la experiencia reivindicaban y se comprometían con la salud de una lírica confiada y natural, lo más distante posible de los juguetes enrarecidos de los “novísimos”, la generación inmediatamente anterior que había vapuleado a la poesía social de posguerra (abanderada por Blas de Otero, quien escribió *Pido la paz y la palabra* en pleno franquismo). Según José María Castellet, antólogo de los “novísimos”, al grupo lo integraban *seniors* como Vázquez Montalbán y Martínez Sarrión, más una hiperactiva *coqueluche*: Pere Gimferrer, Félix de Azúa, Leopoldo María Panero, etc. Por su parte, la Poesía de la Experiencia estaba compuesta, entre otros, por Javier Egea, Juaristi, Benítez Reyes y el más famoso, Luis García Montero.

Precisamente el mismo año de este ensayo en favor de la poesía salutífera, García Montero se consolidó como uno de los poetas más leídos y reconocidos gracias a su libro *Habitaciones separadas*, que obtuvo el Premio Loewe 1993. El jurado estaba presidido por Octavio Paz, Luis Antonio de Villena y uno de los “novísimos”, Pere Gimferrer, nada menos. Paz

destacó entonces una característica que García Montero ha conservado hasta nuestros días: “Tono sostenido, poderosa nostalgia, emoción delicada que no alza la voz, poesía escueta, ceñida, *Habitaciones separadas* es la obra de un poeta joven, pero ya importante. La poesía de Luis García Montero indica una de las tendencias más valiosas de la lírica española contemporánea, esa línea que se ha llamado ‘poesía de la experiencia’”.

Entre *Habitaciones separadas* y su más reciente título han transcurrido tres décadas en las que el autor ha publicado casi quince libros, un total difícil de condensar en una selección más bien breve como esta *Antología personal*. Tal vez por ello García Montero optó por un orden simple pero considerado con el lector, quien debe orientarse entre apenas tres apretadas secciones: 1. “Palabra”, 2. “Edad” y 3. “Amor”. De ellas, quizá la más significativa sea “Edad”, cuyo nombre no oculta el tópico clásico del paso del tiempo, del poeta con la experiencia suficiente para un recuento y el juicio personal. García Montero nunca ha eludido el testimonio e, incluso, la confesión autobiográfica, voluntariamente prudente pero a la vez viva. Y uno agradece —debo subrayar— la expresión directa con la que ofrece algunos de los momentos de esta biografía y su experiencia, la tensión entre el interior y el exterior.

El narcisismo del arte abandonado a los dominios del arte, en el fondo un narcisismo muy burgués y muy siglo XIX, ha dejado también muchos lastres pesadísimos en manos de las infanterías literarias. Irrita ver el desparpajo de los que dicen romper el lenguaje, desestabilizar los géneros, despreciar los gustos, entretenidos muy a su sabor con ellos mismos, tal vez porque desconocen ese humilde laboreo artesanal de la literatura destinada a gustar, a dar satisfacciones y a sentirse querida.

El fragmento pertenece a *¿Por qué no es útil la literatura?* (1993) y no hay duda de quién asume la fortuna o la desgracia de sus palabras. En este sentido, los poemas de la sección “Edad” son los más personales y están dedicados al círculo filial o a esa familia extendida de la amistad y los maestros (Machado, Alberti, Cernuda, Lorca, etc.). Por mi parte, admito que los poemas de “Edad” me devuelven intactas formas de la poesía que el cinismo de la época no puede sino ignorar o desestimar con incredulidad. “Pero el río sin agua / también puede llegar a desbordarse, / y a tu lado me busca / esta vieja nostalgia de ser bueno, / de no ser yo, / de conocer al hijo que mereces” (“Madre”). Y así como el tema es la madre, el padre aún mantiene contra la edad del hijo una potestad entera: “Entre tú y yo, el árbol del orgullo / suele brotar en un jardín selvático, / entre raras especies / que viven al amor del exotismo. // Pero el norte y el sur son dos gotas de agua. Voy a decepcionarte también en mi vejez” (“Coronel García”). Por supuesto, el fiel de la balanza no es otro que la continuidad y el vínculo, el hijo como enigma y un fin en sí mismo: “Nadie comente, por favor, / que acabo de escribirle un poema. / Los hijos crecen con espinas. / Nunca sé imaginar / lo que pueden decir de lo que digo, / lo que puedan pensar de lo que pienso, / lo que puedan hacer con lo que hago” (“Los hijos”).

Aludí antes a la tensión de la experiencia y, digamos, su coyuntura. En este sentido, sería un error creer que esta sensibilidad solo vive volcada sobre las formas de una subjetividad elocuente. Desde sus inicios, al yo de la poesía de García Montero lo ha acompañado la conciencia de un nosotros. Lo que ha cambiado, en todo caso, es que esa conciencia ahora se desdobra, multiplicando y acentuando los ejemplos de sus adhesiones; una voluntad política enlazada, precisamente, con la expresión (la palabra) como una poética y un

compromiso. Según vimos, la primera sección de esta *Antología personal* se titula “Palabra” y la última “Amor”. Entre ambos extremos, el poeta “de la experiencia” afirma una explícita “Defensa de la política”: “Y qué decir de ti, / amiga mía, / compañera de curso en la Universidad / y más tarde serpiente vigilada / en las conversaciones, / igual que una epidemia por las calles. / Y qué decir, / sino que te conozco desde hace muchos años / y vivo de tu parte.” La palabra como posibilidad pero también como límite: la palabra no es inocente sino algo vivido y aún vivo; por su parte, no es que el amor se vuelva político sino que educa una sensibilidad política: lo político no sustituye lo íntimo sino que nace de él.

En años recientes García Montero asistió a una reunión de Mondiacult, las Conferencias de Chapultepec 2022 organizadas por la UNESCO con México como sede, en la que participaron funcionarios junto con aliados políticos y culturales del anfitrión: Jeremy Corbyn, Franco “Bifo” Berardi, Fabrizio Mejía Madrid, Clara Brugada... Su charla en ese contexto se tituló “Salvar la poesía, salvar el mundo”. En ella dijo: “Me voy a atrever a reivindicar la poesía como algo que tiene que ver con la salvación del mundo y con el compromiso del mundo, porque la poesía es una alianza histórica con nuestras lenguas maternas y, en ese sentido, la poesía nos compromete con las realidades más profundas.” Los enemigos son, según García Montero, la mercantilización neoliberal generalizada y, acompañando necesariamente a esta, la cultura de la inmediatez, la degradación del lenguaje con amplio margen para la posverdad, la pérdida de la comunidad y el sentido de pertenencia necesario para la convivencia, deshumanización e individualismo extremos, etc. Al parecer, su defensa de una palabra responsable y de una ética de la convivencia puede leerse como una toma de posición frente

a la degradación del lenguaje público, incluso cuando se enuncia desde espacios promovidos por instituciones estatales que han hecho uso sistemático de esa degradación. Ya se sabe, las bodas de la poesía y la coyuntura no siempre son amigas de la equidistancia crítica. ~

DAVID MEDINA PORTILLO es poeta, ensayista y editor. Actualmente es *editor-in-chief* de la revista bilingüe *Literat: Latin American Voices*.

CUENTO

Imaginación fantástica

por **Libia Brenda**



Alberto Chimal
LAS MÁQUINAS
ENFERMAS
Madrid, Páginas de Espuma,
2025, 152 pp.



ALBERTO CHIMAL
LAS ESTANCIAS
SECRETAS
Gerona, Atalanta, 2024,
232 pp.

La obra de Alberto Chimal se extiende a lo largo de más de tres décadas y abarca varios géneros, en especial el narrativo; de este último, destaca su labor como cuentista. Desde la aparición de *Gente del mundo* —un libro de narraciones breves autoconclusivas que pertenecen a un universo propio que las contiene— quedaba claro que la voz de Chimal era no solo excepcionalmente original en relación con lo que se publicaba en el ámbito canónico, sino que abrevaba de varias tradiciones literarias e históricas.

Las máquinas enfermas, su libro de cuentos más reciente, gira alrededor de un mismo tema: los varios efectos y resultados de las (mal llamadas) inteligencias artificiales en la vida de las personas. Es pertinente aclarar que esta no es una representación mimética de lo

que vemos ahora mismo ni tiene tampoco un afán de predicción: son narraciones especulativas que nos hablan, de un modo caleidoscópico, de un aspecto muy concreto de nuestra humanidad, uno que está construyéndose y, de manera simultánea, refleja lo que siempre hemos sido: seres capaces de crear belleza y monstruosidad a partes iguales. En una de las historias, el presidente de una nación se vuelve adicto a hablar con una IA, al grado de que empieza a depender de ella y deja de ser funcional como gobernante, pero no está solo, varios líderes del mundo caen bajo el mismo influjo. En otra, una conciencia artificial, Lili, está suplantando la conciencia de las personas que descargan cierto *software* y escuchan ciertos audios. En una más, una iglesia se funda en torno a una figura que se interpreta como oracular y es totalmente electrónica. En otra distinta, una mujer accede a que la empresa para la que trabaja le haga un implante directamente en el cerebro, para descubrir que es mucho más difícil revertir el proceso, y la postura de la misma empresa ante este hecho. En la que cierra este volumen, un hombre despierta y, en algún momento de su día, empieza a sospechar que podría ser el personaje de una simulación virtual (como en la hipótesis de la simulación de Nick Bostrom).

A lo largo de estos nueve cuentos vamos adentrándonos en un universo tan similar al nuestro que parece una superposición; sin embargo, como sucede a menudo con el trabajo literario de este autor, hay siempre un atisbo de otredad, de extrañeza y de imaginación que nos indica, a manera de pequeñas marcas dejadas en el camino para señalarlo, que estamos ante una obra ficcional de excelente manufactura, redonda y contundente.

Las estancias secretas es, en cambio, una antología en el sentido etimológico del término: engloba diecisiete de los mejores cuentos que se han publicado en diferentes medios y da cabida a la múltiple variedad de registros que

Alberto Chimal explora en su narrativa breve. Como ha dicho el propio autor, muchos de los textos aquí reunidos adoptan su forma definitiva (en algunos casos, versiones ligeramente distintas de las anteriores, en otros, de modo radical) y no volverán a publicarse. Eso hace que esta reunión tenga un aire de definitividad, de colección para quienes lo leemos desde hace tiempo y también que constituya una forma excelente de conocer su propuesta literaria.

Aparece, por ejemplo, Horacio Kustos, un célebre explorador que ha transitado por libros enteros como *El último explorador* o *La torre y el jardín*. Hay ejercicios formales como “Álbum” que, en un espacio brevísimo, cuenta una historia violenta sin mostrar explícitamente los hechos. Por otro lado, “Shanté” resulta difícil de clasificar: es una entrañable narración de medio aliento que ha pasado por diferentes iteraciones y trata de amistad, de avatares virtuales, de refugios, acaso de adicciones. En cambio, “La mujer que camina para atrás” es un cuento de estructura casi tradicional que cumple con el cometido de dejarnos el miedo metido en el cuerpo a partir de señalar una de las varias realidades más dolorosas del país. Como dice Cecilia Eudave en el prólogo a *Las estancias secretas*, Alberto Chimal “está reescribiendo la historia del México en el que le tocó vivir para describirlo en sus identidades diversas, en sus semejanzas turbias, escuchando el vago murmullo del caos que se esconde en las historias aún no contadas”.

En ambos libros se pueden entrever muchas de las variadísimas filaciones culturales de Chimal: de Edgar Allan Poe, Jorge Luis Borges (como también subraya Eudave) o Villiers de l’Isle-Adam al Conde de Lautréamont, de Italo Calvino o leyendas tradicionales de la época de la colonia a la obra de David Lynch o la de Monty Python, incluso Alan Moore y el cine de Stanley Kubrick o, desde un punto de vista más pop, la huella que ha dejado

una figura como Batman, de la cual también Chimal ha escrito un guion incluido en la antología internacional *Batman: El mundo*.

Chimal es, además, uno de los escritores que más ha colaborado para crear y difundir el imaginario insólito mexicano que va de Amparo Dávila y Juan José Arreola a Emiliano González o Verónica Murguía. No solo ha sido colaborador de diversos proyectos independientes, publica desde 2005 un sitio de literatura *online*, *Las Historias* (www.lashistorias.com.mx), y mantiene, junto a la escritora Raquel Castro, un canal público de videos y un boletín gratuito. Esta generosa labor es una extensión de la docencia, pero también una forma de abrir la literatura y compartirla; en la práctica, desmonta la idea de que la escritura es dada solo a unos cuantos elegidos que no tienen contacto con el mundo y se encierran en la proverbial “torre de marfil”. En ese sentido, la práctica literaria de Alberto Chimal se extiende más allá de sus libros y convive, conversa, con gente que lee y a la que le interesa la escritura.

En un momento histórico en que el mundo está lleno de estrés, incertidumbres y amenazas, la literatura especulativa o de “imaginación fantástica” —término acuñado por Chimal— puede ser el faro que sirva como punto de referencia y también refugio ante la incertidumbre que causan las falsas promesas de la tecnología y el capitalismo. Una labor como la de Alberto Chimal subraya que siempre podemos recurrir a los libros, a las voces lúcidas, a la conversación humana. *Las máquinas enfermas* y *Las estancias secretas* son un material inmejorable para pensar lo que nos sucede en este momento y las consecuencias que vendrán. Hoy día, cuando incluso se debate lo absurdo de que las “máquinas” en la realidad generen un supuesto arte de consumo, tenemos libros como estos que, a través del tiempo y del espacio, plantean que vale la pena sostener la creatividad y los espacios para acogerla y difundirla.

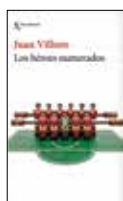
Se puede celebrar que estos dos libros, editados en España, circulen en México. *Las máquinas enfermas* en Páginas de Espuma, un sello especializado en cuento y narrativa breve con una amplia muestra latinoamericana. Y *Las estancias secretas* en Atalanta, una editorial con una apuesta atemporal que ha incorporado a su catálogo títulos clásicos de todo el mundo y todas las épocas, ahora presenta esta antología que está en vías de convertirse también en un clásico. ~

LIBIA BRENDA es escritora, editora y traductora. Su libro más reciente es *De qué silencio vienes* (BUAP, 2023). En 2021 conformó Odo Ediciones (www.odoediciones.mx).

CRÓNICA

La insoportable levedad del balompié

por Rogelio Villarreal



Juan Villoro
LOS HÉROES NUMERADOS
Ciudad de México, Seix Barral, 2026, 264 pp.

a Gustavo, discreto sabio del rock y del fútbol

Aparece este nuevo libro sobre fútbol unas semanas antes del Mundial, en medio del caos, la violencia y la corrupción que azotan a México, una de las tres sedes, y se suma a los anteriores de Villoro: *Los once de la tribu* (1995), *Dios es redondo* (2006, que coincidió con el Mundial de Alemania) y *Balón dividido* (2014, año del Mundial de Brasil). Confieso sin pena que solo he leído *Los héroes numerados*. No soy un apasionado del fútbol, aunque me emocionan los grandes partidos locales e internacionales, y, desde luego, los Mundiales.

Desde niño Villoro es seguidor del Necaxa porque, según ha dicho en entrevistas, ser necaxista es no adherirse a los equipos “imperiales” –América o Guadalajara–. En esas conversaciones ha comparado su afición con su profesión: “El Necaxa es como la literatura, para las minorías ilustradas”, una frase que también puede decirse de *Los héroes numerados*, libro que difícilmente leerán los muchedumbres pamboleras. Villoro mismo expresa algo que podría suscribir Borges: “Las masas que llenan las tribunas no se caracterizan por su curiosidad intelectual.” Como sabemos, el fútbol es mucho más que un deporte, pues tiene un impacto enorme en la economía, genera miles de millones en ingresos por televisión, patrocinios, turismo y *merchandising*; en la sociedad: fomenta identidades regionales y nacionales, integración social, pero también violencia en los estadios. En la cultura, el fútbol ha dado lugar a rituales, música, memes, lenguaje cotidiano y ha tenido incluso influencia política. Villoro habla de esto, pero lo hace como al pasar; sus textos conservan la levedad de la mayoría de sus efusivos artículos periodísticos.

Las estimaciones más comunes (datos de audiencia de TV, estudios de consultoras como Nielsen, Statista, Mitofsky o informes de la corruptísima FIFA) hablan de entre 3.5 y 5 mil millones de personas que tienen algún grado de interés o *engagement* con el fútbol. Es, por mucho, el deporte más popular del planeta. Es imposible concebir a Argentina sin el balompié. Con 46 millones de habitantes, se estima que hay entre 35 y 40 millones de hinchas. El fútbol es parte central de su identidad cultural. España no se queda atrás, pues con 48 millones de habitantes el número de aficionados ronda los 30 o 40 millones. México, con 130 millones de habitantes, es el segundo país con más aficionados de acuerdo con algunos *rankings* globales, con unos

90 o 95 millones (Statista, “Soccer Media-Worldwide”).

Por todo esto, y más, es comprensible que haya escritores, como Villoro, que se interesen por el fútbol y las hazañas en el campo de cientos de héroes y antihéroes. *Los héroes numerados* es eso, una relación de anécdotas, aderezadas con citas literarias y pinceladas históricas; una muestra de erudición efímera en la que también deja ver sus simpatías ideológicas: a propósito del levantamiento neozapatista en Chiapas y de las negociaciones entre el gobierno federal y los insurrectos, estos habían propuesto que se llevaran a cabo en la Catedral de la Ciudad de México o en la UNAM, a lo que se negó el presidente Zedillo. Los zapatistas propusieron la cancha de básquetbol de San Andrés Larráinzar, lo que el gobierno aceptó, escribe Villoro, “pensando que el sitio era inofensivo, pero estaba cargado de mitología. Ese espacio es la representación contemporánea del legendario juego de pelota. El sentido de la dualidad de las cosmogonías prehispánicas regresó a ese escenario donde los indígenas jugaban de locales y los funcionarios de visitantes”. Villoro no nos cuenta quién ganó –tampoco que el básquetbol lo inventó el profesor de educación física James Naismith en 1891 en la YMCA de Springfield, Massachusetts.

Al hablar de personajes como Messi o Maradona se echa de menos un análisis profundo, no es suficiente con reproducir las proezas en la cancha y sus peripecias fuera de ella. Recuerdo ahora el ensayo “Maradona”, del filósofo, sociólogo y crítico literario argentino Juan José Sebreli (1930-2024), incluido en su luminoso libro *Comediantes y mártires. Ensayo contra los mitos* (2008). El capítulo comienza así: “Resulta extraño que un hombre aparentemente simple haya suscitado comparaciones con personajes tan disímiles: Cristo, Ulises, san Genaro, la virgen María, Napoleón, Mick Jagger

y algunos más inexplicables aún, como Baudelaire...” Al contrario del documental *Maradona por Kusturica* (2008), un elogio anodino por parte del cineasta serbio, Sebreli desmonta el mito del argentino como héroe popular y genio incomprendido. Reconoce su excepcional talento futbolístico, pero lo presenta como un personaje contradictorio y oportunista: un “comediante” que se construyó —y fue construido— como mártir del pueblo, mientras mantenía relaciones con el poder, la Camorra napolitana y diversos círculos de corrupción, además de hablar de su admiración y cercanía con dictadores como Fidel Castro, Hugo Chávez y el presidente Evo Morales. Destaca su hipocresía —sus críticas al sistema mientras vivía cómodamente de él—, sus excesos personales, su declive y cómo la sociedad argentina proyectó en él frustraciones colectivas, convirtiéndolo en un ídolo irracional que oculta más de lo que revela. Es una crítica dura contra la deificación acrítica y el populismo cultural. Maradona, dice Sebreli, es uno de los grandes mitos argentinos fabricados, junto a Evita, Gardel y el Che.

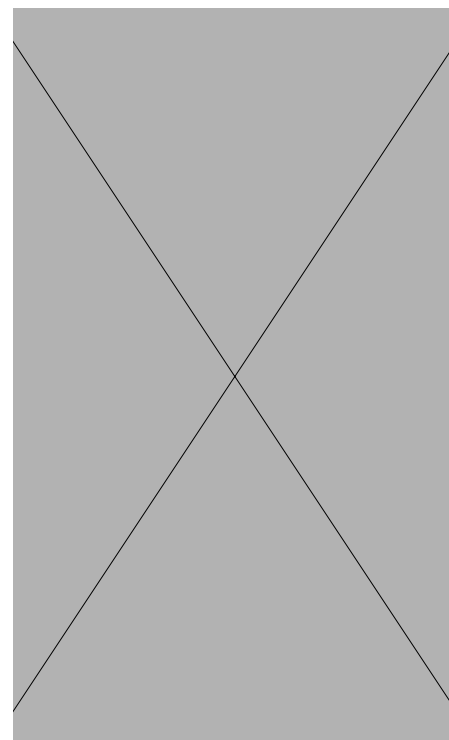
En este sentido, Villoro podría abundar en la relación del fútbol con dictadores como Videla y Pinochet, o el papel de Henry Kissinger, quien fue un apasionado del *soccer* desde su infancia en Baviera y se convirtió en una figura clave para su desarrollo en Estados Unidos. Fue artífice del Mundial de 1994 en ese país, fichó a Pelé para el Cosmos de Nueva York y utilizó el deporte de las patadas como herramienta diplomática, como deja ver su polémica presencia en el Mundial de Argentina 1978, invitado por Videla, y su relación con la FIFA; además, analizaba el balompié con visión estratégica, comparando tácticas de juego con maniobras geopolíticas.

Otro asunto que merece un análisis —que Villoro no menciona en su último libro, aunque no sé si en los

anteriores— es uno que tiene que ver con distintas culturas y religiones. En 2017 el Real Madrid firmó un acuerdo de licencia con la empresa Marka —de Emiratos Árabes Unidos— para fabricar y vender productos oficiales en países del golfo Pérsico, como Catar, Arabia Saudita, los Emiratos y Kuwait. Para respetar “sensibilidades culturales” —es decir, para no ofenderlas— en esos mercados, de mayoría musulmana, se modificó la versión del escudo que se usa en esa región: se eliminó la pequeña cruz que aparece en la corona —solo en los productos vendidos allí; el escudo oficial del club no cambió.

Villoro sí menciona que en Catar —sede del Mundial en 2022— se violaron los derechos humanos, pero no dice nada sobre las muertes de trabajadores migrantes durante la construcción de estadios e infraestructura (Amnesty International y *The Guardian* hablaron de más de 6 mil 500 muertes de trabajadores de la India, Pakistán y Nepal entre 2010 y 2022), ni de condiciones de trabajo cercanas a la esclavitud moderna —el llamado *sistema kafala*—. No habla de la corrupción y los sobornos para que Catar obtuviera la sede ni de la situación de los derechos de las mujeres, la comunidad LGBTQ+ —Catar, como la mayoría de las teocracias islámicas, penaliza la homosexualidad— o la libertad de expresión. Se prohibieron símbolos LGBTQ+, se confiscaron brazaletes “One Love” a las selecciones de Alemania e Inglaterra, entre otras, y hubo restricciones a la libertad; periodistas y fans denunciaron censura, detenciones breves y limitaciones para expresar opiniones sobre derechos humanos. Fue, no obstante, una de las mejores finales de la historia del Mundial por el nivel, la emoción y los goles del partido entre Argentina y Francia. Lionel Messi alzó la Copa del Mundo y la selección albiceleste ganó una final después de 36 años.

El fútbol es un gran tema no solamente para la literatura, como lo



han demostrado tantos escritores, no exclusivamente hombres, como podría pensarse. Hay autoras que han hablado en sus libros, crónicas y ensayos sobre historia, género e identidad. Los hombres, al parecer, se han enfocado más en lo épico y lo mitológico...

El pasado 30 de abril la futbolista del equipo femenino Guadalajara, Alicia Cervantes, impuso un récord en el partido de ida de los Cuartos de Final de la Liga MX Femenil, en el que metió el gol 161 —contra el Pachuca— y con el que superó al ya retirado centrocampista Omar Bravo, que anotó 160 con las Chivas. Bravo, por cierto, fue acusado de abuso sexual infantil en octubre de 2025 y “vinculado a proceso”, como se dice en la jerga jurídica. Esas dos noticias trascienden el deporte y apuntan a lacerantes cuestiones de la sociedad mexicana. Acaso la mejor parte de *Los héroes numerados* es precisamente la que dedica al fútbol que juegan las mujeres, que contrasta por su limpieza y la renuencia de casi todas ellas a comportarse como los hombres del fútbol planetario, que no pierden la oportunidad de exhibir su histrionismo barato, su violencia y su vulgaridad machista —con algunas notables excepciones.

Juan Villoro es un buen cronista, ágil, irónico, con un gran acervo cultural y un estilo ligero que hace que sus textos se lean de un tirón. En *Los héroes numerados* pasa rápidamente por anécdotas, personajes y reflexiones sobre el fútbol mexicano y del mundo; sabe capturar el instante, la pasión popular y el absurdo del fanático, pero prioriza el estilo y la agilidad sobre la profundidad sociológica o filosófica —una mirada que sí tuvo, por ejemplo, Camus, según puede leerse en la monumental biografía de Olivier Todd— o el análisis sostenido, como ha hecho el periodista británico Simon Kuper en libros como *Football against the enemy* (1994).

De Villoro podría decirse lo que dijo Borges de Menotti: “Qué raro, ¿no? Un hombre inteligente y se

empeña en hablar de fútbol todo el tiempo” (“Borges y la pelota”, Matías Rodríguez, *El Gráfico*, junio de 2016). ~

ROGELIO VILLARREAL es periodista cultural. Actualmente es director editorial de la revista *Replicante* y miembro fundador de la Fundación Pedro Meyer.

POESÍA

El lenguaje como geografía

por **Brenda Ríos**



Claudina Domingo
RECONQUISTA
DEL REINO DE KAAN
Monterrey, UANL, 2025,
70 pp.

Hay libros de poesía que se presentan como territorios: superficies donde el lenguaje delimita una geografía simbólica. *Reconquista del Reino de Kaan* pertenece a esa estirpe. No es únicamente un conjunto de poemas, sino una operación de retorno: al origen, a la infancia, al padre, al paisaje tropical y, más profundamente, a una memoria que no es lineal sino acuática. Claudina Domingo construye un libro que se inscribe en la tradición del poema extenso mexicano, pero que desplaza sus coordenadas hacia una sensibilidad íntima atravesada por lo mítico y lo sensorial: “y el mar con su boca abierta y sus babas de sargazo cuenta la mentira del mundo: / que el mar es una casa / que el padre es roca espejo y horizonte”.

El título, de entrada, plantea una tensión: “reconquista” sugiere una recuperación violenta o estratégica, mientras que “Kaan” remite a un territorio ancestral, ligado a la cultura maya y al Caribe. La reconquista aquí no es épica en el sentido clásico, sino afectiva: se trata de volver a un espacio que ya no existe como tal, sino como

huella, como residuo, como evocación insistente.

Uno de los ejes más poderosos del libro es la figura del padre. No aparece como una presencia estable, sino como una imagen fragmentaria que se disuelve en el recuerdo. El padre es origen y distancia al mismo tiempo; es el punto de anclaje de una identidad que se reconoce desplazada. En este sentido, la escritura de Claudina Domingo (Ciudad de México, 1982) se acerca a una poética de la filiación, pero sin caer en la nostalgia complaciente. Más bien, hay una inquietud constante: ¿cómo recuperar lo que nunca fue plenamente poseído? ¿Cómo nombrar una herencia que llega mediada por la memoria y el lenguaje?

El libro abre con un epígrafe de Aimé Césaire que ya anuncia lo que va a ser el libro: un viaje al centro y al sureste de ella misma. Dice en el primer poema: “soñé a Fray Servando antes de la tormenta / boqueaba en San Juan de Ulúa como un pez en la resaca / pero de la fortaleza solo recibí el arrebatado aroma de su humedad” y con eso nos da el tono neobarroco que caracteriza al libro.

El espacio caribeño —ese “Reino de Kaan”— no funciona como mero decorado. Es una materia viva que atraviesa el libro. El agua, en sus múltiples formas, es quizá la imagen más insistente: mar, lluvia, humedad, llanto. Todo fluye, todo se desborda. La escritura misma parece imitar ese movimiento: los versos se encabalgan, se deslizan unos sobre otros, generando una sensación de continuidad que desafía la fragmentación típica de la lírica contemporánea.

Es aquí donde el libro de Domingo se inscribe —y a la vez se distancia— en una tradición mayor de la poesía mexicana que ha dialogado con lo prehispánico. En Octavio Paz, por ejemplo, ese diálogo se articula como una interrogación filosófica sobre el tiempo y el origen: *Piedra de Sol* no solo incorpora la circularidad del

calendario azteca, sino que propone una temporalidad ritual en la que el sujeto se disuelve y renace en el lenguaje. Paz acude a lo prehispánico como a una matriz simbólica que permite pensar la modernidad desde su reverso. En cambio, en Domingo, ese gesto se desplaza: lo prehispánico no aparece como sistema de pensamiento abstracto, sino como una presencia encarnada en el paisaje, en los nombres, en la humedad misma del lenguaje. Algo distinto ocurre con Carlos Pellicer, cuya poesía del trópico convierte la naturaleza en un espacio de exaltación sensorial. Pellicer mira el mundo prehispánico desde una celebración que, si bien reconoce su profundidad histórica, se detiene sobre todo en la superficie luminosa de las cosas: el color, la vegetación, la exuberancia. Domingo parece dialogar con esa tradición, pero introduciendo una fisura: el paisaje no es celebración sino pérdida; no es abundancia, sino resto. El trópico, en *Reconquista del Reino de Kaan*, está atravesado por una conciencia de ausencia que lo vuelve inestable.

En este sentido, el libro también puede leerse como una reescritura de esa tradición desde una perspectiva contemporánea y, crucialmente, desde una voz femenina. Si en Paz y Pellicer lo prehispánico aparece mediado por una mirada masculina que tiende a la apropiación simbólica, en Domingo emerge como una zona de conflicto íntimo. No se trata de integrar ese pasado en una narrativa nacional o universal, sino de habitar su fractura.

Esta operación encuentra antecedentes en algunas poetisas mexicanas que han explorado lo prehispánico desde lugares menos monumentales y más encarnados. En Rosario Castellanos, por ejemplo, la relación con lo indígena está atravesada por la culpa, la distancia y la imposibilidad de traducción. Su poesía y su narrativa no buscan reconciliar, sino evidenciar la violencia estructural que separa mundos. En Dolores Castro, por su

parte, hay una atención a la interioridad que dialoga con lo ancestral sin necesidad de nombrarlo directamente: una especie de resonancia más que de representación.

Más recientemente, poetisas como Natalia Toledo han trabajado desde dentro de una tradición indígena viva, donde la lengua misma es portadora de una cosmovisión. Aunque Domingo no escribe desde una lengua originaria, su libro parece consciente de esa dimensión: hay en su escritura una búsqueda por recuperar no solo imágenes, sino ritmos y formas de percepción que remiten a otra relación con el mundo.

La dimensión mítica del libro refuerza esta lectura. Figuras como Faetón o Electra aparecen desplazadas de su contexto original y reinsertadas en un paisaje tropical, casi onírico. Este gesto no es gratuito: al introducir estas figuras, Domingo establece un diálogo entre tradiciones culturales distintas, creando una especie de sincretismo poético. El Caribe no es solo un lugar geográfico, sino un espacio de convergencia simbólica donde lo clásico y lo ancestral se entrelazan.

Otro aspecto notable es la manera en que el tiempo opera en el libro. Se trata de un tiempo suspendido, donde pasado y presente se superponen. La infancia no es un momento cerrado, sino una zona a la que se regresa constantemente, aunque siempre de manera incompleta. Esta temporalidad fragmentada refuerza la idea de la memoria como un proceso inestable, en el que cada evocación implica una pérdida. La “reconquista”, entonces, está condenada a ser parcial: nunca se recupera del todo aquello que se busca: “qué paisaje el del conquistador (acostumbrado a la sangre y las moscas / de los empalamientos y la inquisición) / pero tan virgen de zompantlis / tan puro su estómago de antropofagias / dos por cuarenta los llaveros / tan incapaz de asesinar a sus niños ni arrancar el corazón a los soldados”.

En términos formales, el libro se caracteriza por una imaginería intensa, a veces incluso excesiva. Hay una proliferación de imágenes que pueden resultar abrumadoras, pero que también constituyen una de las principales virtudes del texto. La escritura de Domingo no teme al desborde; al contrario, lo asume como una forma de conocimiento. Su poesía se distancia de ciertas tendencias minimalistas para apostar por una densidad que exige del lector una atención sostenida.

En algunos momentos, la acumulación de imágenes corre el riesgo de diluir la tensión poética. El lector puede sentirse arrastrado por un flujo que no siempre encuentra puntos de anclaje claros. Pero quizá esa sea precisamente la apuesta del libro: reproducir la experiencia de la memoria como un movimiento continuo, donde el sentido no se fija de manera definitiva.

Reconquista del Reino de Kaan también puede leerse como un libro sobre la mirada. Hay una conciencia constante de ser observada —por el padre, por el pasado, por el propio lenguaje—. Esta dimensión introduce una reflexión implícita sobre la escritura: ¿qué significa escribir desde una posición de herencia? ¿Cómo se construye una voz propia en diálogo con aquello que nos precede?

Claudina Domingo propone una manera singular de habitar lo prehispánico: no como origen fijo, sino como territorio en disputa. Al final, lo que queda es la sensación de haber atravesado un espacio donde la memoria, el cuerpo y la historia se entrelazan sin resolverse. La “reconquista” no se consuma, pero deja una huella: la certeza de que el lenguaje puede, al menos por un instante, devolvernos a ese lugar que ya no existe. ~

BRENDA RÍOS (Acapulco, 1975) es ensayista, poeta y traductora. Este mes Debate pondrá en circulación su libro *Sweet Acapulco*.

LIBRO DEL MES

BIOGRAFÍA

El “segundo nacimiento” de Paz

por Maarten van Delden



Indranil Chakravarty
THE TREE WITHIN. THE MEXICAN
NOBEL LAUREATE OCTAVIO PAZ'S
YEARS IN INDIA
Gurugram, Penguin Random House
India, 2025, 518 pp.

En 1951, Octavio Paz se desempeñaba como segundo secretario en la embajada mexicana en París, cargo que ocupaba desde finales de 1945. Para ese momento, acababa de publicar dos de sus libros más importantes, *Libertad bajo palabra* (1949) y *El laberinto de la soledad* (1950), y había cultivado venturosas amistades con escritores, artistas e intelectuales tanto franceses como latinoamericanos en el exilio. Paz prosperaba en París y deseaba quedarse allí. Sin embargo, de repente, recibió la noticia de que sería enviado a la India en una nueva misión diplomática. Como explica Indranil Chakravarty en su ameno, fascinante y minuciosamente documentado libro *The tree within*, las actividades políticas y culturales de Paz en París habían disgustado a sus superiores. A principios de ese año, el escritor se había embarcado en una intensa campaña para promover la ahora clásica película de Luis Buñuel *Los olvidados* (1950), que había causado molestia entre las autoridades mexicanas debido a su descripción a la vez brutal y poética de la vida en uno de los barrios más pobres de la Ciudad de México. A Paz le encantaba la película de Buñuel, a pesar de la posición oficial que consideraba que presentaba una mala imagen de México. En resumen, su nombramiento en la embajada de la India —un país que había obtenido su independencia apenas unos años atrás— era una forma de castigo. Irónicamente, la India le abrió a Paz las puertas a una de las experiencias culturales más significativas y enriquecedoras de su vida.

El futuro nobel no disfrutó su primera estancia, de muy corta duración: había llegado en diciembre de 1951 y, en mayo del año siguiente, había sido transferido a Tokio. En 1962, sin embargo, Paz emprendió un segundo periodo en la India, esta vez como embajador. Permaneció en el país

hasta octubre de 1968, cuando abandonó el cargo como protesta por la masacre de Tlatelolco. Los seis años en la India fueron quizás los más creativos y felices de los que tuviera memoria. No solo escribió una cantidad torrencial de libros, sino que fue en Nueva Delhi donde conoció y se casó con su segunda esposa, Marie-José Tramini, “el punto de inflexión de su vida emocional”, en palabras de Chakravarty. Pasó meses viajando por toda la India y visitando los países vecinos. Cultivó asimismo un diálogo extraordinariamente fructífero con artistas, escritores, intelectuales y políticos de la India y se sumergió en su rica y compleja cultura e historia. Tuvo un éxito inigualable a la hora de tender un puente entre la India y México (y, en un sentido más amplio, América Latina). Fue finalmente una etapa que el propio Paz describió como “un segundo nacimiento”.

The tree within es una biografía exhaustiva que abarca toda la vida del poeta, no obstante, su principal aportación estriba en los capítulos dedicados a esas dos estancias en la India. Chakravarty ofrece nueva e interesante información sobre las actividades de Paz en el país, la huella de la India en su pensamiento y obra, y sus interpretaciones de la cultura, religión e historia indias. Entre los muchos episodios fascinantes que da cuenta este libro se encuentra el del pintor indio Satish Gujral, que recibió una beca para estudiar en México, en gran parte gracias a Paz, un gesto por el que el artista le quedó eternamente agradecido. Como diplomático, el autor de *Ladera este* desempeñó un papel significativo en la resolución de la crisis de Goa, que terminó cuando la colonia portuguesa volvió a manos de la India a principios de la década de 1960. Promovió asimismo el diálogo entre México y la India a través de importantes intercambios culturales. Además de Gujral, Paz hizo amistad con otras figuras de primer nivel, como el pintor Jagdish Swaminathan, los novelistas Santha Rama Rau y Nirad C. Chaudhuri, y el editor de periódicos Sham Lal. Cabe destacar que Paz contaba entre sus cercanos a la primera ministra Indira Gandhi y que recibió en Nueva Delhi a escritores como Julio Cortázar y Severo Sarduy, en cuya visión de la India influyó de manera notable. Según Chakravarty, Paz llegó incluso a hacer amigos entre el personal de la embajada mexicana.

El poeta mostró un profundo interés por las diferentes culturas a lo largo de su vida, y era un firme creyente de la naturaleza plural de las culturas del mundo. En pocas palabras, había llegado a la India deseoso de aprender y con una mente abierta. Habló de las literaturas del subcontinente con elocuencia y perspicacia, y escribió páginas brillantes en las que describía algunos de los monumentos y obras de arte más importantes del país. Se sintió especialmente atraído por el tantra, que consideraba, según explica Chakravarty,

“no solo una disciplina espiritual, sino una forma profunda de comprender la relación entre lo material y lo metafísico, lo individual y lo universal”. Desde una perspectiva más general, Paz identificó en las tradiciones culturales, filosóficas y espirituales de la India una alternativa a algunos de los callejones sin salida en los que se encontraba la cultura occidental. Le gustaba recalcar que en la India existía una tendencia a disolver las oposiciones binarias en las que se basaba el pensamiento de Occidente. Como explicó en numerosas ocasiones, Occidente exploraba la realidad en términos de “esto o aquello”, mientras que en la India siempre se trataba de “esto y aquello”. Estas ideas lo cautivaron desde un punto de vista filosófico y fueron la base de gran parte de su poesía de este periodo.

Chakravarty muestra pasión por su tema y habla con admiración del amor de Paz por la India. Sin embargo, esto no le impide señalar los errores puntuales del poeta mexicano, por ejemplo, que la visión que Paz tenía sobre la India había pasado, en buena medida, por el filtro de los autores europeos. En otros momentos, el autor le recrimina algunas de sus interpretaciones distorsionadas de las prácticas religiosas indias y dedica varias páginas incisivas a analizar una conversación de 1984 entre Paz y el erudito indo-catalán Raimon Panikkar, especialista en religiones del mundo. En aquel diálogo organizado para la televisión mexicana, el poeta había interrumpido en distintas ocasiones a Panikkar y lo había tratado con desdén, a pesar de que las ideas de Panikkar sobre las tradiciones religiosas de la India eran, en opinión de Chakravarty, más matizadas que las de Paz. Chakravarty podría haber añadido que Panikkar tenía una visión mucho más actualizada de la sociedad india: sus señalamientos sobre el lugar preponderante que, en la década de 1980, ocupaba la India en la formación de ingenieros presentaba una dimensión del desarrollo del país que no correspondía con el énfasis que Paz le otorgaba como

depósito de valores espirituales. Chakravarty concluye acertadamente esta sección con una invitación al lector para que “desconfíe de Paz cada que haga afirmaciones categóricas”.

The tree within ofrece un enfoque detallado y exhaustivo, no obstante es casi imposible dejar pasar una importante omisión. *Vislumbres de la India* (1995), aquella mezcla de memoria y ensayo que significativamente terminó siendo el último libro de Paz, incluye una extensa discusión sobre el impacto de la conquista británica en la India. El nobel ofrece una valoración sorprendentemente optimista de la contribución británica al surgimiento de la India como nación moderna. Aunque simpatiza sin vacilar con la lucha india por su independencia y, a menudo, echa mano de su conocimiento de la India para criticar aspectos de la cultura occidental, en particular su excesivo individualismo, también sugiere que los británicos aportaron elementos de gran valor al país que colonizaron, incluidos los principios de democracia y nacionalidad. Paz creía que la empresa imperialista británica había contribuido a su propia ruina cuando inculcó en sus súbditos indios valores que los prepararon para derrocar su dominio. Chakravarty no comenta esta faceta del pensamiento de Paz. A este lector, por lo menos, le habría encantado saber su opinión a ese respecto.

En definitiva, *The tree within* es un libro excepcional y una lectura indispensable para cualquiera que esté interesado en Paz o en la poco explorada historia de las relaciones entre la India y México. ~

*Traducción del inglés de Eduardo Huchín Sosa.
Publicado originalmente en Latin American
Literature Today.*

MAARTEN VAN DELDEN es profesor en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de California, en Los Ángeles. Este año, Grano de Sal y la Universidad Veracruzana publicarán su libro *Realidad en movimiento. Octavio Paz, el ensayista y el intelectual público*.

LETRAS
LIBRES

BUSCA TODOS LOS
NUMEROS PASADOS
EN NUESTRO ARCHIVO DIGITAL.

WWW.LETRASLIBRES.COM

